VIII.

Sobre aquellas tumbas recien cavadas y en cuya tierra se percibia la sangre, estaba un hombre de pie con los brazos sobre el pecho. El semblante de ese hombre era sombrío y las lágrimas corrian por sus mejillas.

—Pobres soldados mios! ellos me acompañaron al peligro tantas veces.... no esperaban morir atravesados por balas mexicanas!

Aquel hombre era el general Ghilardi, era el compañero de Garibaldi, del herido de Aspromonte, del derrotado de Monte-Rotondo.

Ghilardi habia estado en las barricadas de *cuarenta y ocho*.—Habia salido proscrito de su patria. Se encontraba en América frente á frente de ese ejército que tornó á arrojar sobre el solio de la Italia á Pio IX.

Ghilardi murió un año despues de la retirada del ejército, fusilado por los franceses cerca de Guadalajara.

La república ha venido á poner una corona de inmortales y siempreviva s en la tumba del expatriado, cuya sangre se ha ofrecido en los altares de nuestra independencia!

Ghilardi pasa á la inmortalidad, en ese sangriento y glorioso catálogo de los mártires de la independencia.

CAPITULO TERCERO.

ADELANTE.

I.

El coronel Eduardo Fernandez parecia estraño á cuanto pasaba en su derredor.

Tuvo un momento de excitacion al principio de la escaramuza, despues habia seguido camino á Lerma, cuando se convenció de que el enemigo no intentaria ataque alguno fuera del monte de las Cruces.

Su asistente se habia estraviado entre la confusion, y el caballo de Eduardo no podia dar un paso.

Ya no era aquel noble y brioso corcel que nunca habia sentido el crugido del látigo, ni sentido el hierro del acicate; no, su cuello erguido en otras ocasiones al sentirse acariciado blandamente por la mano de una mujer, cuya casa trascendia á lo léjos, se inclinaba dolorosamente, aus narices aspiraban con ansia indecible, y todo él se movia á los latidos del corazon.

Dos veces no pudiendo resistir á la fatiga, dobló sus manos con un cuidado tal, como si quisiese evitar una caida á su amo.

—¡Pobre animal! dijo Eduardo, tan noble, tan inteligente, Luz va á hacer una pesadumbre con su muerte.

El caballo estaba en una postracion completa.

Entonces el coronel le dejó libre de su peso y echóse á andar hasta la entrada de Lerma.

II.

El capitan Martinez y Quiñones, venian desesperados, muertos de hambre y de fatiga.

Una falange de muchachos alegres como golondrinas atravesaban el camino.

—Adios; mi capitan, dijo uno de ellos, haciendo una mueca graciosísima.

—Ola, Felipe! respondió Martinez, traes algo que meter debajo de las narices?

—Sí, replicó Felipe, un magnífico rapé.

—Cargue el diablo contigo! dáme algo con que remojar la garganta.

—Detengámonos, dijo Felipe.

La hacienda de Jajalpa estaba á la vista con sus árboles y sus techos de teja colorada.

—En cuanto á la parte gastronómica, estamos fallidos, dijo Felipe; pero Baco nos es propicio.

Dicho esto se pasó revista á las maletas, el capitan se arrojó como un hato sobre un trozo de queso, ¡ah bribones! dijo, conque me ocultaban esta vianda?

Quiñones nada mas veia.

Felipe tomó la única botella de coñac que quedaba, y llevándola á los labios, apuró algo del líquido y comenzó á emitir su parecer sobre la bondad, edad y longanimidad del aguardiente.

Dos ojos suplicantes como los de una Magdalena lo veian con una ternura inesplicable y dramática.

Eran los del capitan Martinez que se daba por invitado sin que nadie le hubiera hecho la menor indicacion.

El capitan tosió, estornudó, habló del calor, pero nadie hizo caso.

Observó la falta de agua, cuando nos deslumbraba el espejo clarísimo de la laguna de Lerma.

El capitan hubiera desmentido sus antecedentes, caso de abdicar de su sistema antiguo que él llamaba su programa.

Arriscóse el sombrero, y con aire campechano se acercó á Felipe y le apostrofó de esta manera:

—Amigo, yo soy mejor conocedor que usted, y maestro en la materia, con solo oler ese coñac digo su fe de bautismo, y de donde es y cuanto tiempo lleva de embotellado.

El incauto jóven pasó la botella á Martinez, esté la llevó á la nariz y aspiró con ese aire que se dá un boticario en su drogueria.

—¡Por Barrabás, que es algo añejo! y siguió en sus investigaciones.

Aplicó la boca de la botella á la suya, dió un trago capaz de apurar doble del contenido.

—No está del todo malejo! esclamó y tomó resuello para continuar.

Quiñones se rascó las orejas.

—Un pesillo á que adivino todo lo que tengo ofrecido.

—Aceptado, gritaron todos los camaradas.

—Pues señores, este coñac.... este coñac.... y menudeaba tragos que era gloria; lo han embotellado.... en tiempo de Saligni, ministro de Francia.

—¡Maldito seas tú y los franceses! le dijo Felipe arrancando la botella de sus manos.

Pero ¡oh ilusion! ¡oh desengaños de la vida! ¡oh.... en fin! la botella estaba vacia y su contenido habia pasado al estómago del guerrillero.

Un aplauso resonó en los portales de la hacienda.

Quiñones rechinaba los dientes como un condenado.

III.

Púsose en marcha la turba aventurera, y á las tres de la tarde se descolgaban como una nube en la nobilísima ciudad de Lerma.

Lerma es una ciudad excepcional, se compone de una sola calle que se prolonga de una manera horriblemente desigual.

Ningun edificio se parece á otro.

Cada casa representa el capricho ó la escentricidad del dueño.

Una casa microscópica junto á unos paredones en ruina. Un edificio de dos pisos junto á las tapias de una zahurda.

Hay algunos edificios de gusto pero sin armonia con el resto de la ciudad.

La Calle es "el Camino real;" quien haya viajado por la República comprenderá el infernal sentido de esta frase.

IV.

Las primeras brigadas hicieron alto en Lerma.

La ciudad tenia una animacion desconocida hasta entonces.

Los efectos de su comercio se consumieron instantáneamente á precios muy subidos.

Los infortunados viajeros que llegaban en caravanas no encontraban ni una miserable fonda donde restaurar sus fuerzas debilitadas.

Nuestros amigos traian una hambre devoradora.

Quiñones, tomando un aire de proteccion, dijo á sus compañeros, en tono de conquistador:

—Señores, les tengo reservada una sorpresa, voy á hacerles servir una comida opípara, carnes frias, jamon, pasteles, coñac y vinos generosos, el que quiera, tome su cruz y sígame.

Las tripas del capitan gruñeron de alegria.

Quiñones tomó la delantera seguido del capitan, Felipe y otros calaveras.

V.

En una tienda, donde ni aun se notaba resquicio alguno de efectos y comestibles, se habia alojado la familia de un teniente coronel amigo de Quiñones. Hombre rico que se retiraba á una de sus haciendas del Interior.

Llegóse Quiñones con sus compañeros ostentando la confianza que tenia con su gefe.

—Felices, señor don Cirilo, como ha ido de viaje?

—¡Ah! es usted, señor Quiñones, no lo hacia á usted por aquí, pasen ustedes, señores.

—Malo! dijo por lo bajo Martinez.

—Tomarán algo, supongo que tendrán necesidad.

—Alguna, señor, replicó Martinez.

Don Cirilo ni se apercibió de la presencia del capitan.

—Buscaremos un mozo, dijo el teniente coronel, que busque algo en la plaza, porque nosotros ya almorzamos y solo hemos reservado algo para pasar la noche.

¡Burdeos! ¡coñac! ¡pasteles! todo habia desaparecido.

—¡La fábula de la lechera! gritó el capitan Martinez.

Quiñones se quedó estupefacto, donde creia encontrar hospitalidad, se halló con una recepcion cien grados bajo cero.

Subiósele la sangre á las orejas, y respondió temblando:

—¡Mil gracias!

Martinez, como en todos los lances críticos, soltó una carcajada homérica y se escurrió con los otros compañeros, dejando en el suplicio del ridículo al desgraciado Quiñones que habia olvidado hasta su idioma.

Quiñones no se atrevia á levantar los ojos, estaba avergonzado, horriblemente corrido.

Los brazos sobre el pecho, el sombrero hasta las narices, era la *vera efigie* de un jóven desengañado.

—Buenas tardes, dijo al fin, con acento apagado.

—Vaya con Dios, dijo don Cirilo, y el desgraciado Quiñones dió la vuelta y abandonó la tienda como un perro rabioso, jurando en su foro interno saquear la hacienda de don Cirilo y exijirle un préstamo forzoso en la primera oportunidad.

Si le ha caido al teniente coronel una sola de las maldiciones de su amigo lo pulveriza.

Despues de buscar una hora larga á sus compañeros, los encontró, apoderados de una gallina, que probablemente se habia tomado Martinez contra la voluntad de su dueño.

Recibiéronle con una salva de carcajadas estrepitosas, y despues de una docena de bromas y de chistes se olvidó la escena del teniente coronel.

VI.

El coronel Fernandez llegó á Lerma desesperado con la aventura de su caballo, y prometiendo una paliza al asistente, y un arresto de quince dias á Martinez y Quiñones.

Se dirijió á la plaza sin saber donde se alojaria el regimiento, cuando oyó la voz del coronel Lozada que reñia á dos sargentos á quienes apostrofaba horriblemente.

—Compañero, dijo Eduardo, sálveme usted de esta catástrofe, mi caballo está muerto, yo tengo hambre y no encuentro alojamiento.

—Venga usted conmigo, yo tengo todo, absolutamente todo, todo malo; pero nada me falta.

Los dos amigos se dirijieron á la casa del coronel Lozada.

Eduardo tomó algunos platillos de campaña y se acostó un momento.

El coronel dispuso, que dos infelices machos de carbonero se atalajasen en el acto y se pusiesen á una calesa que habia embargado.

Habilitó de cochero á un recluta y avisó á Eduardo que el tren estaba dispuesto para conducirlo á Toluca.

Los machos se resistian al freno; no hicieron lo mismo con los latigazos y echaron á andar por el *cañon* de *Lerma*, que en línea recta lleva á la muy nombrada ciudad de Toluca.

VII.

A los lados del camino se estiende la pintoresca laguna de Lerma, con sus bandadas de pájaros, sus gallinas blancas que se sumergen continuamente, sus patos que se deslizan fugitivos entre las brumas, sus garzas coqueteando en el limpio espejo de las ondas, y sus ninfeas confundiéndose con las blancas espumas de los remansos.

A las márgenes del lago se agrupan poblaciones pequeñas, que se reproducen en las ondas y se dibujan en el horizonte, con sus blancos campanarios que se levantan entre grupos de árboles de esmeralda.

En las pequeñas islas del lago, hay bosques de tul, que asaltan en sus chalupas nadadoras los indígenas, haciendo el corte con una violencia extraordinaria.

Mas adelante se descubre la hacienda de *Doña Rosa*, con su calzada de fresnos y sus portales de buen gusto.

A la izquierda del camino, y en el fondo del horizonte, destacándose con la majestad de un monumento, se alza gigante el Nevado de Toluca.

¡EL XINANTECATL! ¡Oh! esa mole inmensa, altanera, majestuosa, con su frente coronada de nubes, con sus tempestades, sus huracanes, sus ecos misteriosos al derrumbe de sus hielos, su cráter astillado.... todo revela una catástrofe!

La erupcion debe haber sido horrible!

Los surcos del fuego se notan en todas direcciones, y las roças de lava esparcidas en contorno, son las páginas de ese dia tremendo.

Mudo desde aquella hora, apagado, sombrio, es un cadáver amortajado enmedio del valle.

Cubierto con los crespones del cielo, envuelto en las tinieblas de la tormenta, no oye los murmullos sombrios de la gigante arboleda de la Sierra.

Duerme tranquilo, al arrullo de los siglos que te saludan á su paso!

Mis primeros cantos fueron para tí, mis primeras inspiraciones de poeta

se desprendieron de mi alma á tu contemplacion, y mis sueños de niño se deslizaban á la vista de tus cumbres gigantescas!

Hoy no puedo darte ni mis canciones, mi lira ha enmudecido y la inspiracion se ha apagado, pero yo te consagraré en el fondo del hogar mis relatos de peregrino!....

VIII.

La noche se avanzaba y el carruage del coronel Fernandez apenas caminaba arrastrado por aquellos infelices animales ya insensibles á los latigazos.

Un grupo de ginetes se adelantó hácia el coche.

—¡Viva la patria! gritó la voz conocida de Martinez. Muchacho, toma mi caballo, yo subo al pescante; conozco el idioma de los brutos.

Saltar del caballo y subir al pescante, todo fué obra de un momento.

Las frases que dirigia á los pobres animales no pueden trasladarse á las páginas de este libro.

Es el de todos los conductores el mismo idioma.

IX.

A las cuatro horas de camino el carruage entraba por la calzada de árboles, que es acaso lo mas hermoso que tiene la ciudad de Toluca.

Allí hay un recuerdo histórico.

Sobre uno de aquellos árboles y en el espacio de las ramas mas frondosas, está colocada una *Cruz blanca*.

En la calzada y frente á este árbol, fué asesinado uno de los escritores mas atrevidos de los primeros tiempos de la República.

Su nombre ha desaparecido pero vive su seudónimo. Se firmaba: *El Payo del Rosario*.

Aquella cruz es uno de los primeros monumentos, que los rencores intestinos han levantado en la estension de nuestro país.

X.

La luz suavísima de la luna comenzaba á sobreponerse á los últimos albores crepusculares, y las nubes cenicientas se alejaban en grupos im-

pelidas por el aire de la noche, dejando á las estrellas brillar en el fondo de un cielo claro y apacible.

A la falda de una cordillera de cerros colocados en órden sucesivo de Oriente á Poniente, se reclina la ciudad de Toluca.

A lo lejos parece que está dibujada en las rocas de la gigante *Teresona*, madre de aquella cordillera.

Roca estérii donde no se asoma una planta, donde la vegetacion es desconocida.

Esa montaña parece la atalaya de la ciudad que duerme dia y noche en un profundo letargo.

De aquella ciudad no se levanta ese constante y vago murmullo que arrojan los grandes centros de poblacion.

La atmósfera siempre pura, no se turba con los ecos de la multitud.

Toluca es una ciudad anacoreta que hace oracion arrodillada al pié de su cordillera.

Es una religiosa que ha buscado un valle silencioso para sus contemplaciones.

Es un barco encallado en un banco de flores.

La ciudad es bellísima, su ancha plaza con sus casas consistoriales y sus edificios simétricos.

En el centro se levanta una estátua de mármol sobre un pedestal decorado con sencillas inscripciones.

Aquella estátua es magnífica.

El cura Hidalgo sin los ropajes de la clerecía, con la acta de la libertad en la mano.

No es el caudillo orgulloso que empuñando el acero se ostenta ante su ejército victorioso, es el patriarca venerado, el apóstol de la libertad.

No es el hombre de las armas, es el nuncio de la palabra y del Evangelio.

La cabeza inclinada, su mirada dulce, su actitud humilde, todo revela al sacerdote y al héroe.

Así lo quiere un pueblo, así lo adoran las generaciones, así está sublime y deificado en el altar de la patria!

XI.

Toluca es una ciudad de lujo.

Sus portales, sus templos y sus teatros son bellísimos.

Hay un paseo allende la cordillera, formado por un bosque espeso de cipreses, en cuyo fondo se precipita un torrente de agua purísima, deshaciéndose en corrientes espumosas á cuyos bordes crecen flores salvajes que inundan en perfumes aquel bellísimo y pintoresco lugar.

La ciudad se viste de lujo en las festividades religiosas, entonces despliega toda su riqueza y buen gusto.

Estas galas suelen reservarse para los dias de la patria.

Aquella ciudad recibia en su seno el *dos de Junio* una inmigracion de diez mil almas.

Todo estaba ocupado.

En los edificios públicos se alojaba la tropa, y en cada casa no faltaban media docena de huéspedes.

Los habitantes se mostraron galantes con las familias inmigradas.

XII.

El coronel Eduardo se alojó en una celda del Convento del Cármen, donde paró su regimiento.

El capitan Martinez, Quiñones, Felipe y otros compañeros se dirigieron al Hotel de Diligencias.

Hacia cuarenta horas que no tomaban un *taco*, ni tiraban una *carambola*.

En un momento se armó la zambra; se ajustó el partido y comenzó la lucha despues de atravesarse cien apuestas.

El capitan no era buen jugador, pero sabia mucho de *gramática* como él decia.

Los contrarios, es decir, las víctimas, eran un español, un italiano y un tal *Pedro el Corredor*, á quien todos acusaban de complicidad con el enemigo, es decir, con Martinez y comparsa.

El introito fué una salva de copas.

Afilaron con el cosmético los tacos, disputaron á suerte sobre la *salida*, se dijeron algunas bromas y se cambiaron miradas de inteligencia con el *coime*.

La concurrencia tomó asiento y comenzó el duelo de billar.